



## MISCELÁNEA APÓCRIFA

(NOTAS Y RECUERDOS DE JUAN DE MAIRENA)

### *ALEMANIA O LA EXAGERACIÓN*

No es la guerra, como tantas veces os he dicho —habla Mairena a sus alumnos— el mejor modo de resolver cuestiones litigiosas entre los pueblos. Pero la guerra puede llevar a una solución aceptable, aunque incompleta, si por azar la victoria recae sobre quien la merece, y en todo caso es una solución —buena o mala— del pleito que por la guerra se ventila. Pero todo ello —reparadlo bien— a condición de que alguien la gane. ¿Mas qué pensáis vosotros de la guerra, cuando nadie puede ganarla? ¿No alcanzaría entonces la guerra y, en general, todo polemismo su completa reducción al absurdo? Pues tal es la guerra, amigos queridos, que prepara la moderna Alemania prusianizada. Ellos, los alemanes, están acumulando elementos bélicos, preparan una perfecta maquina de guerra, con la cual, no una sino muchas guerras podrían ganarse. Pero,

al mismo tiempo, convencidos de que lo esencialmente guerrero es el ímpetu peleón que anima a los hombres, se cuidan por todos los medios —científicos, literarios, metafísicos— de aumentar el número de sus enemigos —¿cómo guerreará quien no los tenga?— y de excitarlos a reforzar sus recursos marciales. El resultado es la carrera de los armamentos; y todo ello puede terminar en una guerra contra la paz, absurda y monstruosa, que haga imposible por muchos años la amorosa convivencia entre los hombres. Para ello, no vacilará Alemania en declararse enemiga de la especie humana, ni en retarla a descomunal combate, no sin antes haber inventado, para andar por casa, otro animal, —rubio, germánico, incastrable—, a quien deba corresponder la victoria. El resultado será que Alemania no ganará la guerra; pero Europa perderá la paz y, con ella, su hegemonía en el mundo.

\*

Estas palabras de Juan de Mairena, anteriores a la guerra europea —Mairena murió en 1909— y, a su modo, proféticas, nos han hecho pensar en otras más recientes de Max Scheller, un egregio pensador alemán, cuya muerte no habrá llorado el führer, pero que nosotros, los españoles, debemos lamentar; porque Scheller fué un gran filósofo y un buen amigo de España. Todo un largo estudio dedicó Max Scheller a responder a esta pregunta: ¿Por qué son los alemanes tan impopulares en el extranjero? ¿A qué se debe la antipatía invencible que despiertan los alemanes fuera de su patria? Al trazarnos Max Scheller la etopeya o figura moral de la nación alemana, subraya esta desmesura, a que aludía Mairena, como nota carac-

terística, referida al trabajo, al placer que encuentra el alemán en el trabajo ilimitado, sin fines positivos, sin objetivo y sin término. Hay exageración —nos dice Max Scheller— en la manera alemana de trabajar. Tal exageración se manifiesta en este hecho: los alemanes, que no conocen más placer que el del trabajo, trabajan más de la cuenta, para llenar el tiempo. Otras naciones saben aprovechar el ocio y experimentan el placer inmediato de vivir, que es ajeno a los alemanes. El resultado de todo ello —viene a decir Max Scheller en su *Die Ursachendes Deutschenhasses*— es la anormalidad del ritmo del trabajo germánico, el cual de ningún modo corresponde ni a la necesidad ni al valor del producto. El impulso laborioso de los alemanes se automatiza crecientemente: ya ni rezan, ni meditan, ni contemplan, y sólo parece que buscan en el trabajo el olvido de sí mismos. La organización del trabajo es entre ellos sobradamente mecánica y de aquí proviene la carencia de estilo, de forma, de gusto estético y la calidad inferior de sus productos. Max Scheller añade otras razones, enderezadas a probar cómo este trabajo desmesurado y ramplón inquieta y desasosiega a otras naciones, muy propicias a ver en los alemanes a los más inoportunos advenedizos de la historia (welthistorische Emporkömmlinge) venidos al mundo para expulsar del paraíso a la humanidad entera. Y termina deseando que los alemanes, mientras enseñan laboriosidad a otros pueblos menos activos, limiten el trabajo y aprendan de aquellos la aptitud para el goce inmediato de la vida. Piensa Max Scheller — y en esto es un perfecto antípoda del *fürher*— que es necesaria la colaboración de todas las naciones para su recíproca educación moral, y que los caracteres nacionales deben mutuamente completarse.

\*

Mucho hubiera tenido que aprobar Juan de Mairena, y algo que oponer, en las razones de Max Scheller. Día llegará en que los alemanes se decidan a cultivar en sí mismos la aptitud para el goce inmediato de la vida; pero lo harán con tal desmesura, que las personas distinguidas —como el malogrado Max Scheller— sentirán un deseo invencible de llevar cilicios, usar la disciplina y desayunarse con cardos borriqueros untados en vinagre. Entonces se verá que no es, precisamente, una tendencia a exagerar el trabajo, sino otra más profunda y dé raíz metafísica, que les lleva a exagerarlo todo, lo que puede considerarse como específicamente alemán.

\*

Pero volvamos a Mairena, que sigue hablando a sus alumnos. “No hay defecto chico, amigos queridos. Una pequeña falta de Retórica, quiero decir de arte y de medida para expresar lo lógico, y un pequeño exceso de pedantería, quiero decir una cierta carencia de tacto vital y de precaución y de ironía, ha hecho de los alemanes, gran pueblo de metafísicos, algo políticamente lamentable. Con la tendencia innata de nuestros vecinos, los franceses, al culto del buen gusto y de la mesura, y su desconfianza de cuanto excede los límites de lo natural, los alemanes no hubieran desmesurado ni la razón, ni el trabajo, ni la guerra, no hubieran creado la tensión bélica que extenúa a Europa, no hubieran disputado torpemente a los ingleses la hegemonía política de Occidente, que casi por derecho, o al menos por sufragio entre naciones, corresponderá siempre a la

vieja Albión, y, al fin, hubieran obtenido la primacía cultural, que nadie habría osado disputarles.

Juan de Mairena, cuyas son las palabras que anteceden, no hablaba en los días del *Tercer Reich* y de la dictadura hitleriana. Acaso serían hoy otras sus razones. Acaso no. O, tal vez, convencidos de la plasticidad de lo pasado, hubiera hoy modificado sus profecías, para ponerlas más de acuerdo con los hechos actuales. Mairena sabía muy bien que no hay vaticinio completo, mientras no se le contrasta y modifica con lo que hubiera podido vaticinarse, y que esto constituye una faena infinita. Recordemos, por lo demás, que Mairena sólo censuraba al profeta la usuraria pretensión de no equivocarse.

\*

Alguien reprochó a Juan de Mairena su excesiva simpatía por los ingleses. ¿Cómo explicar que Mairena señalase defectos comunes a ingleses y alemanes, y que, al mismo tiempo, les hallase disculpa en los primeros y rara vez en los segundos? Ya en más de una ocasión había afirmado Juan de Mairena cuanto había de anglo-sajón en el afán polémico de la vieja Europa. ¿Por qué lo censuraba tan agriamente sólo en los alemanes? Juan de Mairena solía dar respuestas un tanto evasivas, como quien no acierta a justificar cosa tan irracional como es la simpatía; y, en verdad, que siempre ha sido muy marcada la que frecuentemente sienten los andaluces por los ingleses. Los ingleses —respondía Mairena— conservan, acaso de sus antiguos invasores latinos, anteriores a la conquista de su territorio por anglos y sajones, un cierto sentido de la medida, y hasta una cierta afición a las suyas, cualitativamente teñidas

por su propia experiencia, que les lleva a no descomedir sobradamente sus cosas. Además, los ingleses *tienen mundo*, lo cual desde muy antiguo les llevó a no querer penetrar demasiado y, por ello, a no envidiar demasiado las características de los otros pueblos. Su orgullo insular, que tanto se les reprocha, no está exento de respeto al orgullo ajeno. Además, los ingleses tienen la costumbre de leer la Biblia, un libro interesante que ellos no han escrito. Y tienen, sobre todo, el mar, una gran experiencia planetaria, que les ha enseñado 1.º) a ver de lejos, 2.º) a remar contra viento y marea, 3.º) a saber que el hombre puede ser poca cosa, pero que, al fin, no es su destino ahogarse en poca agua. Por estas virtudes y por otras, de que hablaré algún día, vienen ejerciendo una cierta hegemonía en el mundo occidental, que no pasará sin dejar rastro.

Sobre el *orgullo modesto*, de que tantas veces os he hablado, quiero añadir: Poca cosa es el hombre y, sin embargo, mirad vosotros si encontráis algo que sea más que el hombre, algo, sobre todo, que aspire como el hombre a ser más de lo que es. Del ser saben todos los seres, hombres y lagartijas; del *deber ser* lo que no se es, sólo tratan los hombres...

\*

Es el descontento, amigos queridos, la única base de nuestra ética. Si me pedís una piedra fundamental para nuestro edificio, ahí la tenéis.

\*

¿Puede haber un hombre, plenamente satisfecho de sí mismo, que sea plenamente tal hombre? A mi juicio, —decía Mairena— todo hombre puede tener motivos de descontento, aunque sólo sea pensando en la fatalidad del morir. Pero la Muerte —la idea y el hecho— es algo que pocos miran de frente; el filósofo, sobre todo, suele mirarla de soslayo, cuando no esquivarla, seguro de que sus sistemas y doctrinas, al margen de la muerte, son como martingalas ingeniosas para ganar en el juego, las cuales sólo pueden engañarnos, mientras alejamos de nuestra mente el pensamiento de la llave indefectible que ha de anularlas.

ANTONIO MACHADO

*Valencia, febrero de 1938.*

